

La filosofía y el saber: ¿pensar es perder?

JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS

Centro de Ética Aplicada-Universidad de Deusto

Hace unos treinta años, un amigo sociólogo, fallecido de forma impertinente prematura, me dijo una frase que, desde entonces, sigue visitándome: «El que piensa, pierde». Esa frase no era una premonición. Era un diagnóstico. Por aquel entonces no había un Día Mundial de la Filosofía como hoy. Esta celebración corrobora lo acertado de aquel diagnóstico. Responder a aquella provocación exigía pensar; es decir, perder. No lo hice entonces. Hoy saldo aquella cuenta.

Aquella afirmación menospreciaba la razón y sus capacidades. Todavía más grave: era una claudicación que significaba asumir que, por mucho que nos empeñásemos, teníamos claro que la libertad era un lujo fuera de nuestro alcance: ¿cómo se puede ser libre sin pensar? Si pensar es perder, no pensar es ganar. ¿Ganar qué? ¿Qué perdemos al pensar? Porque la filosofía va de eso: es el oficio de pensar.

Se puede no querer pensar, o hacerlo mal, o de manera descuidada. Pero no se puede dejar de pensar. Parece que nos acompaña igual que nos acompaña respirar, y dejar de hacer ambas cosas tiene consecuencias funestas, indeseables. Evoco un ejemplo extremo. En 1963, Hannah Arendt publicó un libro polémico: 'Eichmann en Jerusalén. Un informe sobre la banalidad del mal'. Tras haber participado como reportera de 'The New Yorker' en el juicio al criminal nazi Adolf Eichmann, Arendt analiza sus actitudes y argumentos durante el proceso. Concluyó que no era un monstruo perverso que disfrutase con el sufrimiento ajeno. Se trataba de alguien «de una irritante estupidez», como dirá en la radio conversando con Joachim Fest. Alguien que había decidido no pensar ¿Qué era reprochable en el cumplimiento del deber, en obedecer?

El mismo año, Günter Anders, su exmarido, publicaba una carta abierta al hijo mayor de Eichmann. Describía ahí lo monstruoso con un sabor inquietantemente cotidiano: que hubiera dirigentes y ejecutores de acciones destinadas a aniquilar seres humanos; que hubiera personas que aspiraban a ocupar esos puestos, personas envidiosas con la ocasión de disfrutar del poder, personas que disfrutaban del horror con buena conciencia porque era lo que se esperaba, y los pasivos, que no sabían porque no querían saber. Decidir no pensar, no saber, no prestar atención, es el caldo de cultivo ideal para estas situaciones.

Al pensar perdemos un lugar en ese mundo de poder, el progreso,

el éxito del reconocimiento de una sociedad que olvida aquello que hace que la vida sea digna de ser vivida. Obviamente, se puede vivir muy bien en medio de desigualdades, la pobreza, la injusticia estructural, o en una colosal mentira. La pregunta es si esa ganancia compensa la pérdida que es vivir en esa atmósfera que es la pérdida de la libertad.

No obstante, hay que reconocer que el que piensa pierde. Hay en la filosofía un empeño en vivir fuera del rebaño... Y pierde por todo aquello que gana desde esa posición de excentricidad. La posición de quien desde la periferia busca hacer bien su trabajo y querer decir la verdad.

¿Qué se gana? La filosofía es una forma de lucidez, de mirar lo cotidiano en su raíz para verle las entrañas. Y, al hacerlo, darnos cuenta de cómo es nuestra vida, cómo está configurada, qué establece como medios y qué piensa como fines, y comprobar hasta qué punto son aceptables y si es posible o no lograrlos por esos medios. La filosofía es el saber capaz de elaborar certeras y eficaces críticas a las formas de vida humana en su conjunto. Esa labor hace posible la libertad en la medida en que aprendemos a pensar por nosotros mismos, sin aceptar de nadie guías, directrices o criterios establecidos de los que no se nos permita dudar o a los que no se pueda interrogar.

Se gana la posibilidad de pensar caminos de emancipación y transformación que nos liberen del espejismo del progreso, de la fascinación de los ídolos a quienes hace-

mos sacrificios humanos, y de la tiranía de las verdades establecidas por tradición o decreto. Se gana capacidad de análisis, proyección y síntesis. Se ganan preguntas pertinentes que demandan una solución mucho más efímera que el problema que señalan.

La filosofía no 'resuelve' definitivamente nada. Su labor es detectar, formular y exponer los problemas que aquejan a nuestras formas de vida y su sentido o su sinsentido, de manera que podamos enunciarlo(s) con la mayor precisión y nitidez e insinuar los pasajes que nos permitan transitar, durante un tiempo, esas dificultades. Se gana humildad porque hacerla exige honestidad intelectual y una vieja virtud que los griegos denominaron 'parrhesía': expresar como propia la relación con aquello que se considera que es verdad y osar comunicarlo. Se gana poder decidir como ser humano, a qué apostarse y a qué decir que no. Se gana la posibilidad de convivir en la pluralidad y diversidad de nuestras actuales sociedades aprendiendo a discernir la necesidad de la sabiduría, escapando de las triquiñuelas seductoras de lo fácil y lo simple que reducen la perspectiva a los tópicos de moda, abriendo la posibilidad de escapar, siquiera un rato, del campo de minas de los discursos machaconamente repetidos.

Prefiero la excentricidad de la filosofía a ese simulacro de humanidad demediada sostenida sobre el cálculo. Pensar puede producir monstruos, es verdad. No pensar los genera con toda seguridad.

ANTÓN

El dinero de cada diputado al mes:
4.900 euros entre nómina, taxis y gastos

